

LOS TRABAJADORES DEL MAR

1866.

**L**A religion, la sociedad y la naturaleza constituyen las tres luchas del hombre: estas luchas son al mismo tiempo sus necesidades. Necesita creer, y de esto ha nacido el templo; necesita crear, y de esto ha nacido la ciudad; necesita vivir, y de esto han nacido la carreta y el navío. Estas tres soluciones encierran tres guerras, y de las tres dimana la misteriosa dificultad de la vida. El hombre tiene que luchar con el obstáculo, que se le presenta bajo las formas de la superstición, de la preocupacion y del elemento. Triple fatalidad pesa sobre los hombres: la fatalidad de los dogmas, la fatalidad de las leyes y la fatalidad de los elementos. En *Nuestra Señora de París* hemos denunciado la primera de estas fatalidades; en *Los Miserables* la segunda, y en *LOS TRABAJADORES DEL MAR* denunciaremos la tercera. Entre dichas fatalidades se inmiscuye la fatalidad interior del hombre, la fatalidad suprema, su propio corazón.

V. H.  
Hauteville-Housse, Marzo, 1866.

A LA ISLA DE GUERNESEY.

Dedico este libro á la roca de hospitalidad y de libertad, al rincón de la antiquísima tierra normanda, al exíguo pero noble pueblo del mar, á la isla de Guernesey, severa y cariñosa, que es mi asilo actual y será mi probable tumba.

1866.

VÍCTOR HUGO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTEREY, MEXICO



# LOS TRABAJADORES DEL MAR.

## PRIMERA PARTE.

### EL SEÑOR CLUBIN.

#### LIBRO PRIMERO.

De lo que se compone una mala reputacion.

I.

Una palabra escrita en una página en blanco.



El día primero del año de 182\* fué notable en Guernesey, porque nevó, y en las islas de la Mancha helar en invierno es acontecimiento memorable. La mañana del referido día, el camino que vá desde Saint-Pierre Port á Valle

estaba cubierto de nieve en toda su extension. Estuvo nevando desde media noche hasta la madrugada. A las nueve, poco despues de salir el sol, como aun no era hora para que los anglicanos fuesen á la iglesia de Saint-Sampson, ni para que los wesleyanos fuesen á la capilla de Eldad, el camino estaba casi desierto. En todo el pedazo que separa la primera torre de la segunda no se veian más que tres transeuntes: un niño, un hombre y una mujer.

Estos tres transeuntes andaban separados unos de otros, y visiblemente se conocia que no mediaba ningun lazo entre ellos. El niño, que podria contar ocho años, estaba parado y contemplaba la nieve con curiosidad. Entre el hombre que caminaba detrás de la mujer mediaba el intervalo de unos cien pasos. Ambos se dirigian hácia Saint-Sampson. El hombre, que era jóven todavía, parecia

trabajador ó marinero. Llevaba el traje diario, consistente en una chaqueta de paño oscuro y burdo y en un pantalon embreado, lo que indicaba que, á pesar de ser dia festivo, no iba á visitar ninguna iglesia. Los zapatos gruesos de tosco cuero, con suelas guarnecidas de grandes clavos, dejaban impresa en la nieve una huella, más parecida á la cerradura de una prision que al pié de un hombre. La mujer iba vestida, sin duda, para ir á la iglesia; se cubria con una toca de seda negra, ancha y acolchada, bajo la que se ajustaba graciosamente un vestido de muselina de Irlanda, con listas blancas y de color de rosa, y á no gastar medias coloradas, se la hubiera podido tomar por una parisiense. Andaba con soltura y desembarazo: su modo de andar era propio de una mujer á quien no pesa aun la vida, y por él se comprendia que era soltera. Poseía la gracia fugitiva en el andar que marca la más delicada de las transiciones, la de la adolescencia; la de esos dos crepúsculos, en la que se mezclan el principio de la mujer y la terminacion de la niña.

El hombre no se fijaba en ella.

De repente, junto á un grupo de encinas que se destacaba en el ángulo de un huerto, en el sitio llamado las Casas Grandes, la jóven volvió la cabeza, y este movimiento hizo que el hombre la mirase.

Se paró la mujer, fijándose en él un momento; despues se encorvó, y el hombre creyó notar que con el indice escribia algo sobre la nieve. Se irguió otra vez, emprendió el camino, redobló el paso, volvió la cabeza riéndose y desapareció por la izquierda del camino, por el sendero cercado de setos que conduce al castillo de Sierra.

El hombre, cuando la mujer se volvió la segunda vez, reconoció que ésta era una de las jóvenes más hermosas de la comarca.

Sin acelerar el paso, poco despues el hombre llegó junto al grupo de encinas situado en el ángulo del huerto. No pensaba ya en la transeunte que habia desaparecido, y es probable que si entonces alguna marsopla le hubiese saltado por encima de las olas, ó algun reyezuelo se le hubiese aparecido entre los zarzales, hubiera seguido su camino con la mirada fija en el pájaro ó en el pez. Pero casualmente andaba con la vista baja y su mirada se dirigia al punto en que la jóven se paró. En dicho punto vió impresa la huella de dos piés diminutos y

este nombre, trazado sobre la nieve: *Gilliatt*.

Era su propio nombre; se llamaba Gilliatt.

Permaneció largo tiempo inmóvil contemplando dicho nombre, la huella de los piés y la nieve, y despues, pensativo, prosiguió su camino.

## II.

### El Bú de la Calle.

Gilliatt vivia en la parroquia de Saint-Sampson, en la que por varias razones tenia muy pocas simpatías.

Desde luego vivia en una casa "endemoniada". Sucede algunas veces en Jersey y Guernesey, en el campo y en la misma ciudad, pasando por algun andurrial desierto ó por una calle transitada, que se encuentra una casa cuya entrada está embarrerada: el acebo obstruye la puerta, emplastos asquerosos de tablas claveteadas tapan las ventanas de la planta baja, y las de los cuartos de arriba están cerradas y abiertas á un tiempo; en todos los bastidores está echado el cerrojo y todas las baldosas están resquebrajadas ó rotas. Si la casa tiene patio ó corral, la yerba brota en él y la cerca se desmorona; si tiene jardin, se llena de ortigas, de cambrones y de cicuta, y fijan en él su residencia insectos raros. Las chimeneas se resquebrajan, los techos se hunden, el interior de los aposentos está desmantelado, la madera se pudre y la piedra se enmohece. Se despega el papel de las paredes, y en ellas se pueden estudiar el papel pintado de las modas antiguas, los grifos del Imperio, las colgaduras con alzapafios del Directorio, las balaustradas y los cipos de Luis XVI. El espesor de las telarañas, llenas de moscas, indican la paz profunda de que disfrutaban las arañas allí. Es una casa endemoniada. El diablo vá á visitarla por la noche.

La casa, como el hombre, puede convertirse en cadáver; una supersticion la mata, y entonces es terrible. Estas casas muertas no son raras en la Mancha.

Las poblaciones campesinas y marítimas no viven tranquilas respecto al diablo. Las de la Mancha, del archipiélago inglés y del litoral francés, tienen acerca de él nociones precisas. El diablo cuenta con emisarios en todas partes. Es incontestable que Belphagor es embajador del infierno en Francia, Hutgino en Italia, Belial en Turquía, Thamuz

en España, Martineto en Suiza, Mamon en Inglaterra. Satanás es un emperador como cualquier otro. Satanás César. Su casa está muy bien montada: Dagon es su gran mayordomo, Suecor Benot es jefe de los eunucos, Asmodeo lleva la banca en el juego, Kobal es director del teatro y Verdelot gran maestro de ceremonias. Nibbas es bufon. Widrus, hombre sábio, muy estrigologo y demonógrafo, pues posee muchos datos, llama á Nibbas "el parodiador por excelencia".

Los pescadores normandos de la Mancha toman muchas precauciones cuando están en el mar á consecuencia de las ilusiones que el diablo les produce. Se creyó durante mucho tiempo que San Maclou vivia en la gran roca cuadrada de Ortach, situada entre Auriny y los Casquets, y muchos viejos marineros afirmaban haberle visto con frecuencia allí, sentado y leyendo un libro. Por eso los marineros al pasar por allí hacian genuflexiones, hasta el dia en que la fábula se disipó y brilló la luz de la verdad. Descubrieron y saben actualmente que el habitante de la roca de Ortach no es un santo, sino un diablo. Este diablo, que se llama Yochmus, tuvo la malicia y la audacia de pasar durante muchos siglos por San Maclou. Otras veces ya se ha incurrido en equivocaciones análogas. Los diablos Raguhel, Oribel y Tobiel fueron santos hasta 745, en que el Papa Zacarías los arrojó del calendario. Para hacer semejantes expulsiones, que sin duda son muy útiles, es menester conocer mucho á los diablos.

Los ancianos del pais cuentan (aunque estos hechos pertenecen al pasado) que la poblacion católica del archipiélago normando estuvo en otros tiempos, y á su pesar, más en comunicacion con el demonio que la poblacion de hugonotes. Por qué? Lo ignoramos. Lo cierto es que esa minoría fué enojosa para el diablo. Se aficionó á los católicos y procuraba visitarlos con frecuencia, lo que parece probar que el diablo es más católico que protestante. Consistia una de sus más insoportables familiaridades en visitar por la noche los lechos conyugales en el momento en que se hallaba el esposo completamente dormido y la mujer semidormida; de aquí provenian muchos chascos. Pantouillet opinaba que Voltaire habia nacido á consecuencia de una de esas diabólicas visitas. Esto no es inverosímil. Este caso está perfectamente reconocido y descrito en

los formularios de exorcismo bajo la rúbrica *de erroribus nocturnis et de diabolorum*. Por eso se castigó severamente á Saint-Helier hácia el fin del último siglo, probablemente por los crímenes de la revolucion, porque las consecuencias de los excesos revolucionarios son incalculables. Sea de esto lo que quiera, la aparicion posible del demonio de noche, cuando no se vé claro, cuando se está durmiendo, preocupaba mucho á las mujeres ortodoxas. No era agradable creer que Voltaire habia nacido así. Azorada una de dichas mujeres, consultó á su confesor para que le pusiese en claro este *quid pro quo*. El confesor le respondió:—Para asegurarnos si teneis que habéros las con el diablo ó con vuestro marido, palpadle la frente, y si tocais cuernos, estad segura...—De qué? preguntó la mujer.

La casa que habitaba Gilliatt estuvo endemoniada; no lo estaba ya, pero aun era sospechosa. Sabido es que cuando un brujo se establece en una habitacion que frecuenta el diablo, éste comprende que ya no hace falta allí, y por consideraciones al brujo no la vuelve á visitar si no le llaman, como se llama al médico.

Esta casa la bautizaron con el nombre del Bú de la Calle.

Estaba situada en la punta de una lengua de tierra, ó mejor dicho, de roca, que formaba una pequeña rada, independiente del fondeadero de Houmet-Paradis.

Habia allí bastante profundidad de agua. La casa estaba enteramente sola, casi fuera de la isla, y solo tenia la tierra absolutamente necesaria para hacer un jardincillo, que anegaban algunas veces las mareas altas. Entre el puente de Saint-Sampson y la rada de Houmet-Paradis existe una colina robusta, que rebasa la enorme masa de torres y de yedra que se llama el Palacio del Valle ó del Arcángel, de tal modo, que desde Saint-Sampson no se podia ver el Bú de la Calle.

Los brujos en Guernesey son muy comunes. Los brujos ejercen su profesion en ciertas parroquias, aunque le sepa mal al siglo diez y nueve.

Se entregan á prácticas verdaderamente criminales. Hacen hervir el oro. Cogen yerbas á media noche. Miran de reojo los ganados de los campesinos. Les consultan, hacen que se les traigan en botellas las secreciones líquidas de los enfermos, y dicen en voz baja:—*Esas aguas*

presentan mal carácter. Un día, en Marzo de 1857, encontró un brujo en el líquido de un enfermo siete diablos. Otro hechizó hace poco tiempo á un panadero y al horno de éste. Otro cometió la avilantéz de cerrar y sellar con el mayor esmero sobres que nada tenían dentro. Otro llegó al extremo de tener en un vasar de su casa tres botellas, á las que en vez de rótulo puso la letra B.

Están comprobados estos hechos monstruosos.

Algunos brujos son complacientes, y por dos ó tres guineas se quedan con las enfermedades de los demás; cuando esto hacen se revuelcan en la cama, lanzando gritos, y mientras se retuercen, el enfermo que recurrió á ellos les dice:—"Yo ya estoy bueno." Otros libran al prójimo de todos sus males, atándole un pañuelo al rededor del cuerpo.

Este medio es tan sencillo, que es asombroso que no lo use todo el mundo.

En el siglo anterior el Tribunal Real de Guernesey colocaba á los brujos sobre un monton de leña y los quemaba vivos.

En la actualidad los condena á ocho meses de cárcel, teniéndolos cuatro á pan y agua y cuatro incomunicados alternativamente.

El último auto de fé de hechiceros en Guernesey se verificó en 1747. La ciudad habilitó para esto una de sus plazas, la encrucijada del Bordaje, la que desde 1565 á 1700 vió quemar once hechiceros. En general los culpables confesaban; el tormento les hacia confesar. Dicha plaza ha prestado además otros servicios á la sociedad y á la religion: en ella se han quemado herejes. Reinando María Tudor quemaron, con otros hugonotes, á una madre y á sus dos hijas; la madre se llamaba Perrotina Massy. Una de sus hijas estaba en cinta. Parió entre las llamas de la hoguera. La crónica dice: "Su vientre estalló." Salió de aquel vientre un niño vivo. El recién nacido cayó fuera de la hoguera y lo recogió un tal Housse. El bailío Helier-Gosselin, que era un buen católico, hizo arrojar el niño á las llamas.

### III.

Para tu mujer cuando te cases.

**V**olvamos á ocuparnos de Gilliatt. Referíase en el país que al terminar la Revolucion del 93 se estableció en Guernesey una mujer que vivía con

un chiquillo. Debía ser inglesa ó francesa. Su nombre, la pronunciacion guerneseyana y la ortografía de la gente vulgar de la comarca lo habian convertido en Gilliatt. Vivía sola con el niño, que unos tomaban por sobrino, otros por hijo y algunos por nieto, y hasta había quien creía que no era pariente suyo. Poseía algun dinero para poder vivir pobremente. Compró un pequeño prado en Sergentée y un poco de tierra en la roca Crespel, cerca de Rocquaine. La casa del Bú de la Calle, en esa época, estaba endemoniada, y hacia treinta años que nadie la habitaba. Amenazaba ruina, y su jardin, que continuamente inundaba el mar, nada producía. Además de los ruidos y resplandores nocturnos, ofrecía esa casa algunas particularidades terribles. Si se dejaba al anochecer encima de la chimenea algun ovillo de estambre, agujas de hacer calceta y algun plato de sopa, al día siguiente se notaba que la sopa se la habian comido y se veían encima de la chimenea un par de mitones de punto de media. Por estas razones la casa se puso en venta y la daban por unas cuantas libras esterlinas. La mujer la compró, ó tentada por el diablo, ó porque era muy barata.

Hizo más que comprarla; se fué á vivir en ella con el niño, y desde entonces cesaron los resplandores y los ruidos. *Esa casa tiene lo que ella buscaba*, dijeron las gentes del país. Dejáronse de oír gritos al apuntar el día y ya no apareció en ella otra luz que la de la vela de sebo que al anochecer encendía la buena mujer. La vela de la bruja equivale á la antorcha del diablo. Esta explicacion satisfizo al público.

La mujer sacaba algun partido de la escasa tierra que poseía. Tenía además una vaca. Cosechaba guisantes, alcachofas y patatas, vendía cargas de nabos, manojos de cebollas y celemines de habas. No iba al mercado, pero hacia que le vendiera su cosecha Gilbert Falliot. El registro de Falliot demuestra que una vez vendió por su cuenta doce fanegas de patatas.

Reparó la casa lo estrictamente necesario para que fuese habitable. Solo se llovía en los cuartos cuando caían grandes chubascos. La casa se componía de una planta baja y de un granero. La planta baja se dividía en tres salas; dos de ellas eran dormitorios y la otra comedor. Se subía al granero por una escalera de mano. La mujer guisaba y enseñaba á leer al niño.

No iba ni á la iglesia, lo que hizo que la tuvieran por francesa; pero no ir á ninguna parte era cosa grave.

Podían no equivocarse y que realmente fuese francesa. Los volcanes arrojan piedras y las revoluciones hombres. Familias enteras son lanzadas á grandes distancias; se truecan los destinos; se dispersan y desmenuzan los grupos; caen gentes de las nubes sobre Alemania, sobre Inglaterra y sobre América, que asombran á los naturales del país. ¿De dónde vienen esos desconocidos? El Vesubio, que humea allá bajo, los ha expectorado. Se dan nombres á esos aerolitos, á esos individuos espulsados y perdidos, á esos eliminados de la suerte, y se les llama emigrados, refugiados y aventureros. Si se quedan en el país, los toleran; pero si se van, se alegran. Algunas veces estos seres son absolutamente inofensivos, por lo menos las mujeres, y ajenos á los acontecimientos que los han arrojado allí. Echan raíces cómo y dónde pueden. No hacen daño á nadie y no saben lo que les pasa. La Revolucion francesa, más que otras muchas explosiones, ha lanzado familias á grandes distancias.

La mujer que en Guernesey llamaban la Gilliatt quizás fuera lanzada allí de ese modo. Ella envejeció y el niño fué creciendo. Vivían solos y retraídos; se bastaban á sí mismos. Loba y lobezno se lamian mutuamente, y esta era otra de las fórmulas que les aplicó la benevolencia de sus vecinos; el niño llegó á adolescente, el adolescente á hombre; y cuando esto sucedió, como es preciso que caigan las viejas cortezas de la vida, murió la madre. Dejó al niño el prado de la Sergentée, la tierra de la roca Crespel, la casa del Bú de la Calle y además, según decía el inventario oficial, cien guineas de oro metidas en un calcetín. La casa estaba amueblada con dos cofres de encina, dos camas, seis sillas y una mesa con todos los utensilios necesarios. En un estante había algunos libros y en un rincon una maleta, que debió abrirse para inventariarse. Esta maleta era de badana amarilla, con arabescos de clavos de cobre y estrellas de estaño, y contenía un equipo nuevo y completo de lienzo fino de Dunkerque, camisas y sayas, cortes de vestidos de seda, y en un papel escrito lo siguiente, de puño y letra de la mujer que acababa de morir, que decía: *Para tu mujer cuando te cases.*

Esta muerte fué para el que sobrevi-

vió terrible golpe. Era salvaje y se volvió feroz. El desierto se extendió á su alrededor; lo que antes solo era aislamiento desde entonces fué el vacío. Entre dos la vida es posible, pero uno solo parece que no pueda arrastrarla y que desee dejar de vivir.

Esa es la primera forma de la desesperacion. Más adelante es cuando se comprende que constituye el deber una serie de aceptaciones. Se reflexiona en la muerte, se reflexiona en la vida, y aunque heridos, consentimos en vivir.

Gilliatt era joven y su herida se cicatrizó. A su edad la carne del corazón retoña. Su tristeza se disipó poco á poco; se mezcló á su alrededor con la naturaleza, se convirtió para él en una especie de encanto, que le atrajo hácia las cosas y le alejó de los hombres, amalgamando su alma más y más con la soledad.

### IV.

Impopularidad.

**C**omo ya hemos dicho, á Gilliatt no le veían con buenos ojos en la parroquia. Pero era natural la antipatía que inspiraba. En primer lugar por vivir en la casa endemoniada y en segundo lugar por su origen. No sabían quiénes eran aquella mujer y aquel niño, y á las gentes del país no les gusta que sean enigmas los extranjeros; les chocaba también que fuese vestido como un trabajador, cuando, á pesar de no ser rico, tenía lo suficiente para vivir sin trabajar; les chocaba también que consiguiese cultivar el jardin y sacar cosecha de patatas, á pesar de las mareas, que se lo inundaban de vez en cuando; y por fin, les llamaba la atención los libros grandes que tenía en un estante y que los leyera.

No se podían explicar por qué vivía solo.

El Bú de la Calle era una especie de lazareto en el que Gilliatt pasaba la cuarentena, y llamaba la atención su aislamiento, haciéndole responsable de la soledad que reinaba á su alrededor. No iba nunca á la capilla. Salía con frecuencia por la noche. Hablaba con los brujos. Una vez le vieron sentado en la yerba y estático. Visitaba continuamente el cerro de la Anerene y las piedras encantadas que había esparcidas por el campo. Compraba todos los pájaros que le presentaban y luego los soltaba. Era

atento con las personas acomodadas de la calle de Saint-Sampson, pero daba un rodeo para no tener que pasar por ella. Pescaba muchos días y volvía siempre á casa con buena pesca. Cultivaba el huerto los domingos. Tenía un bug-pipe (especie de gaita), comprado á unos soldados escoceses que pasaron por Guernesey, y lo tocaba sentado en una roca á la orilla del mar, en el crepúsculo de la tarde.

Los libros, que procedían de la difunta, eran poco tranquilizadores y él los leía.

El reverendo Jaquenin Hérode, rector de Saint-Sampson, cuando entró en la casa con ocasión del entierro de la mujer, leyó en ellos los siguientes títulos: *Dictionnaire*, de Rosier; *Candide*, por Voltaire; *Avis au peuple sur sa santé*, por Tissot.

Un caballero francés emigrado, que vivía en Saint-Sampson, dijo:

—Ese Tissot debe ser el que llevó en sus manos la cabeza de la princesa de Lamballe.

El reverendo había notado en uno de los libros un título verdaderamente fatídico y amenazador: *De Rhubarbaro*.

Digamos, sin embargo, que estando la obra, como su título indica, escrita en latín, era muy dudoso que Gilliatt la hubiese leído; pero precisamente los libros que el hombre no lee son los que más le acusan.

La Inquisición de España ha juzgado este punto y le ha puesto fuera de duda.

El libro era, ni más ni menos, que el tratado del doctor Tilingius sobre el *Ruibarbo*, publicado en Alemania en 1679.

No se podía asegurar si Gilliatt se dedicaba ó no á encantamientos, filtros y otras diabluras. Lo cierto es que tenía redomas en su casa.

¿Por qué por la tarde, y algunas veces por la noche, se paseaba por los peñascos de la costa del mar? Sin duda alguna lo hacía para trabar conversacion con las gentes de mal vivir que durante la noche van por la playa.

Una vez ayudó á la hechicera de Tor-teval á desatollar su carro. Esta bruja era una vieja que se llamaba Montonne Gahy.

Interrogado sobre su profesion cuando se hizo un empadronamiento en la isla, respondió:

—Pescador, cuando hay peces que pescar. Semejantes respuestas eran enigmáticas.

La pobreza y la riqueza son cosas re-

lativas; Gilliatt poseía tierras y una casa, y comparándole con los que absolutamente nada poseen, no era pobre.

Un día, para probarle y quizá también para iniciar una declaracion, una jóven le preguntó:

—Cuándo pensais tomar esposa?

El la contestó:

—Me casaré cuando la Roca que Canta se case.

La Roca que Canta es un peñasco grande que se levanta verticalmente en un huerto próximo á la casa del señor Lemezurier de Fry. Dicho peñasco es muy sospechoso.

No se sabe qué sucede en él; se oye cantar allí un gallo que no se vé, y está perfectamente demostrado que los fantasmas lo colocaron en aquel huerto; como si dijéramos, los duendes.

De noche, cuando truena, si se ven volar hombres entre las nubes rojas y en el aire tembloroso, estos hombres son duendes. Una mujer, que reside en Grand Mielles, los conoce perfectamente. Una tarde que había duendes en una encrucijada, dicha mujer dijo á un carretero que no sabía qué partido tomar: *Preguntádselo á ellos; son genios benéficos y os lo dirán con mucha amabilidad*. Apostamos cualquier cosa á que aquella mujer era también bruja.

El juicioso y sábio rey Jacobo I hacia cocer vivas á esta clase de mujeres; probaba el caldo, y segun el gusto que le encontraba decía: *Era bruja ó no era bruja*. Es de sentir que los reyes actuales no posean este talento, para hacer comprender la utilidad de la institucion real.

Gilliatt, no sin verdaderos motivos, vivía en olor de brujería.

Durante una tempestad, de noche, hallándose Gilliatt solo en el mar en una barca, se le oyó preguntar:—“¿Se puede pasar?”

Una voz dijo desde lo alto de las rocas:—“Eres valiente?”

A alguien hablaba cuando le respondieron. La prueba es decisiva.

Otra noche tempestuosa y oscura, cerca de la Catian Roque, que es una doble fila de peñas, adonde van los hechiceros, las cabras y los duendes á bailar los viernes, creyeron reconocer la voz de Gilliatt entablando el diálogo siguiente:

—Cómo se encuentra Verin Brovard? (que era un albañil que se había caído de un tejado).

—Está curándose.

—Parece imposible. Cayó de inmensa

altura, y asombra que no se haya roto ni un solo hueso.

—La última semana los pescadores de la costa tuvieron buen tiempo.

—Mejor que hoy.

—Ya lo creo. Hoy no habrá en el mercado un pescado para un remedio.

—Hace demasiado viento.

—Será imposible echar las redes.

—Cómo está Catalina?

—Muy hermosa.

Indudablemente esta Catalina sería alguna bruja.

Segun todas las apariencias, Gilliatt ejercía de noche sus malas artes; así al menos lo creían en la isla.

Algunas veces se le veía echar agua de un cántaro en el suelo, y es sabido que el agua que cae en tierra traza la forma de los diablos.

En el camino de Saint-Sampson, delante del parador núm. 1, hay tres piedras sobrepuestas que forman una escalera; en la plataforma, actualmente vacía, hubo una cruz, segun unos, y una horca, segun otros. Personas cuerdas y dignas de crédito aseguran haber visto á Gilliatt cerca de las tres piedras platicando con un sapo.

Como en Guernesey no hay más que culebras, y en Jersey abundan los sapos, es indudable que el sapo pasó á nado desde Jersey á Guernesey para hablar con Gilliatt. Estos hechos son incontestables, y la prueba es que las tres piedras están allí. Los incrédulos pueden verlas cuando quieran. Todas estas cosas perjudicaban á Gilliatt.

Solo los ignorantes no saben que el mayor peligro de los mares de la Mancha es el Roi des Auxcriniers. No hay personaje marítimo tan terrible. El que le vé naufraga.

Es pequeño, enano, sordo y rey. Sabe el nombre de todos los que han perecido en el mar y el punto donde se encuentran. Conoce á fondo el cementerio Océano. Su cabeza es gruesa por la base y estrecha por la coronilla; su cuerpo es rechoncho, su vientre gelatinoso y disforme, sus piernas cortas, sus brazos largos: en lugar de piés tiene aletas y en lugar de manos garras. Sus zarpas son membranosas, como las patas de los palmípedos, y sus aletas uñas. Imaginaos un pez que es un espectro y que tiene cara de hombre. Para exterminarle sería menester exorcizarlo ó pescarlo. Entre tanto es siniestro y dá miedo verle.

Encima de las olas y de la marejada,

TOMO II.

á través del denso velo de la bruma, se entrevé un lineamiento que es un sér; que tiene la frente deprimida, la nariz aplastada, las orejas chatas, la boca desmedida y sin dientes, el hocico verdoso, las cejas triangulares y los ojos grandes y alegres. Es rojo cuando el relámpago es lívido, y pálido cuando el relámpago es de color de púrpura. Su barba rígida, cortada en cuatro, se destaca de una membrana á manera de esclavina, y está adornada con catorce conchas, siete anteriores y siete posteriores. Solo es visible cuando el mar está violentamente agitado. Es el volatinero lúgubre de la tempestad. Se esboza su forma en la niebla, en las ráfagas del viento y en la lluvia. Su vientre es asqueroso, y una armadura de escamas le tapa los costados como si fuese un chaleco. Se sube á lo más alto de las olas encrespadas, que saltan bajo la presión de las ráfagas, y que se retuercen como las virutas que saltan del cepillo del carpintero. Se mantiene todo entero fuera de la espuma, y si se ven en el horizonte buques en peligro, palidece en la oscuridad y su rostro se ilumina con el resplandor de una vaga sonrisa, bailando con aire terrible y loco. Es un encuentro fatal. En la época en que Gilliatt preocupaba á los habitantes de la isla, las últimas personas que habían visto al Roi des Auxcriniers declaraban que en su esclavina no habían visto más que trece conchas. Qué se había hecho la catorce? Nadie podía decirlo, y era preciso limitarse á hacer conjeturas. Lo que podía asegurarse era que Lupin Mabier, hombre de peso y propietario de muchas campanillas, afirmaba bajo juramento que un día vió en manos de Gilliatt una concha singularísima.

Era frecuente oír entre los campesinos diálogos como el siguiente:

—¿No es verdad, vecino, que tengo un buey excelente?

—Pero hinchado, compadre.

—Es posible.

—Tiene más sebo que carne.

—De veras?

—¿Estais seguro de que Gilliatt no le ha hecho mal de ojo?

Gilliatt se detenía en la márgen de los campos, cerca de donde estaban los labradores, y en los huertos, cerca de donde estaban los hortelanos, y les dirigía palabras misteriosas como estas:

—Cuando el bocado de diablo florezca, segad el centeno de invierno. (El bocado de diablo es la escabiosa.)